

LA HORMIGA ELÉCTRICA

PHILIP K. DICK

A las cuatro y cuarto de la tarde, cuando T. S. T. Garson Poole despertó en el lecho del hospital, comprendió que estaba en un lecho de hospital y otras dos cosas: que ya no tenía la mano derecha y que no sentía dolor alguno.

Le habían administrado un analgésico poderoso, se dijo, mirando hacia la pared en la que había una ventana que daba al centro de Nueva York. Telas de araña por las que los vehículos y los transeúntes se apresuraban, donde las ruedas giraban bajo el postrero sol de la tarde. El brillo de la agonizante luz le gustó. «Todavía no ha muerto —pensó—. Ni yo tampoco».

Había un fono en la mesita de al lado; vaciló, tomó el receptor, y marcó para una línea exterior. Un momento más tarde estaba ante la imagen de Louis Danceman, a cargo de las actividades Tri-Plan mientras él, Garson Poole, estuviera en otra parte.

—Gracias a Dios que está vivo —suspiró Danceman al verle; su rostro carnosos y grande, con superficie lunar llena de hoyos, se distendió a causa del alivio—. He llamado a todos.

—Sólo me falta la mano derecha —lo interrumpió Poole.

—Pero está bien. Quiero decir que pueden injertarle una.

—¿Hace cuánto tiempo estoy aquí? —preguntó Poole.

No sabía dónde estaban los médicos ni las enfermeras; ni por qué no se reían o alborotaban al efectuar una llamada.

—Cuatro días —respondió Danceman—. Aquí en la planta todo marcha bien. En realidad, hemos recibido pedidos de tres diferentes sistemas de policía, todos de la Tierra. Dos de Ohio, y uno de Wyoming. Buenos pedidos en firme, con un tercio por adelantado y la usual opción de arriendo por tres años.

—Venga a sacarme de aquí —pidió Poole.

—No puedo sacarle hasta que la nueva mano...

—Me la injertarán más tarde.

Anhelaba desesperadamente volver a su ambiente familiar; el recuerdo del cohete mercantil elevándose grotescamente en la pantalla piloto reparada al fondo de su mente; si cerraba los ojos volvía a sentirse en el vehículo destrozado al ir de uno a otro lado, recibiendo grandes daños. Las sensaciones cinéticas. Parpadeó al recordarlas. «Creo que tuve suerte», se dijo.

—¿Está Sarah Benton con usted? —preguntó Danceman.

—No, claro.

Era su secretaria personal, y aunque sólo fuese por consideraciones de empleo, debería estar a su lado, acunándole como a un bebé. «Todas las mujeres gruesas se parecen a las madres —pensó—. Y son peligrosas; si te caen encima pueden matarte.»

—Tal vez fue esto lo que ocurrió —dijo, en voz alta—. Tal vez Sarah cayó sobre mi cohete.

—No, no, un eje del sistema de dirección del cohete se rompió en la hora de más tráfico y usted...

—Lo recuerdo.

Dio media vuelta en la cama al oír abrirse la puerta de la sala. Aparecieron un médico con bata blanca y dos enfermeras con batas azules, y dirigieron sus pasos hacia la cama.

—Ya hablaremos más tarde —dijo Poole, colgando el fono.

Respiró profundamente, con expectación.

—No debió hablar por fono tan pronto —le recriminó el médico, consultando el diagrama—. Señor Garson Poole, dueño de Electrónicas Tri-Plan. Constructor de dardos personalizados que rastrean a su presa en un radio de mil millas, respondiendo a una señal de ondas única. Usted es un hombre afortunado, señor Poole. Pero usted no es un hombre. Usted es una hormiga eléctrica

—¡Diablos! —exclamó Poole, aturdido.

—De modo que en realidad no podemos curarle aquí, ahora que lo hemos descubierto. Lo supimos, claro está, tan pronto como examinamos su mano derecha lesionada; cuando vimos los componentes eléctricos y cuando miramos su torso por rayos X; y, naturalmente, estos análisis corroboraron nuestra hipótesis.

—¿Qué es una hormiga eléctrica? —quiso saber Poole.

Pero ya lo sabía y podía descifrar el término.

—Un robot orgánico —respondió una enfermera.

—Ya —asintió Poole.

Un sudor frío afloró a su piel y le empapó todo el cuerpo.

—Usted no lo sabía —insinuó el médico.

—No —Poole sacudió la cabeza.

—Casi todas las semanas viene una hormiga eléctrica —continuó el doctor—. Vienen a causa de un accidente, como usted, o piden admisión voluntariamente. Por ejemplo, uno que como usted no lo sabía, y funcionó siempre junto a seres humanos, creía ser también... un hombre. En cuanto a su mano...

El doctor calló.

—Olvide mi mano —le atajó Poole, bruscamente.

—Cálmese. —El médico se inclinó sobre Poole y escrutó atentamente su semblante—. Una nave hospital lo llevará a un departamento donde harán la reparación o la sustitución de su mano a un precio razonable, bien para usted, siendo como es el único dueño, o para sus compañeros, si los tiene. De todos modos, podrá volver a su despacho de la Tri-Plan, en las mismas condiciones de funcionamiento que antes.

—Excepto que ahora lo sé —masculló Poole.

Ignoraba si Danceman, Sarah o alguno de la oficina lo sabían. ¿Le había alguno, o algunos, comprado? ¿Fabricado? Un figurón, eso era; esto había sido. Ya no debía dirigir la compañía; era una ilusión implantada en él cuando lo fabricaron..., junto con la ilusión de ser un humano y vivir.

—Antes que sea trasladado al departamento de reparaciones —dijo el médico—, ¿será tan amable de abonar su cuenta en el despacho de enfrente?

—¿Cómo debo algo si ustedes no tratan aquí a las hormigas? —replicó agriamente Poole.

—Por nuestros servicios —aclaró una enfermera—. Hasta que lo supimos.

—Envíen la cuenta —repuso Poole, sacudido por un furor impotente—. Envíenla a mi compañía.

Con un tremendo esfuerzo se sentó en la cama con la cabeza dándole vueltas, bajó de ella y se afirmó en el suelo.

—Me encantará marcharme de aquí —añadió cuando consiguió mantenerse erguido—. Y gracias por su atención tan humana.

—Gracias a usted, señor Poole —respondió el médico—. O tal vez deba decir sólo Poole.

En el departamento de reparaciones le reemplazaron la mano perdida.

La mano resultaba fascinante; la examinó largo tiempo antes de permitir que los técnicos la colocasen.

Por fuera parecía orgánica y, en realidad, su superficie lo era. Piel natural cubierta de carne natural, y sangre auténtica llenaba las venas y los capilares. Pero por debajo había cables y circuitos, corrientes en miniatura, resplandecientes... Mirando al fondo de la muñeca vio multitud de puertas, motores, válvulas multifases, todo pequeñísimo. Intrincado. Y la mano le costó cuarenta ranas. El sueldo de una semana que él tenía asignado en la nómina de la compañía.

—¿Está garantizada? —le preguntó a los técnicos, mientras fusionaban la sección ósea de la mano con el resto de su cuerpo.

—Noventa días, las piezas y el trabajo —contestó uno de los técnicos—. A menos que se vea sujeta a un abuso inusitado o intencionado.

—Esto suena vagamente sugestivo —comentó Poole.

El técnico, un hombre, pues todos lo eran, inquirió mirándole astutamente:

—¿Ha estado pasando por lo que no es?

—Sin intención.

—¿Y ahora... es con intención?

—Exactamente —asintió Poole.

—¿Sabe por qué jamás lo sospechó? De vez en cuando, debió de haber chasquidos y chirridos en su interior. Pero usted no lo sospechó porque está programado para no observarlo. Ahora tendrá la misma dificultad para descubrir por qué lo construyeron y para quién ha estado funcionando.

—Un esclavo —gimió Poole—. Un esclavo mecánico.

—Pero se ha divertido.

—He vivido una existencia agradable —suspiró Poole—. Y he trabajado mucho.

Pagó las cuarenta ranas, flexionó los dedos nuevos, los probó asiendo varios objetos, y se marchó. Diez minutos más tarde se hallaba a bordo un transporte público, camino a casa. ¡Valiente día!

Ya en casa, en su apartamento de una sola habitación, se sirvió un vaso de «Jack Daniel, Etiqueta Púrpura», sesenta años de antigüedad, y se sentó para beberlo, mientras su vista vagaba por la única ventana hacia el edificio que se elevaba al otro lado de la calle.

«¿Debo ir a la oficina? —se preguntó—. Y en ese caso, ¿por qué? Y si no, ¿por qué no? Elige. Demonios, esto me está minando, saber esto... Soy un fenómeno —comprendió—. Un objeto inanimado que imita a otro animado.»

Pero... se sentía vivo. Y no obstante, ahora se sentía diferente. Respecto a sí mismo. Y a partir de ahora, respecto a todos, especialmente a Danceman y Sarah, a todos los de Tri-Plan.

«Creo que me mataré —pensó—. Aunque probablemente me programaron para que no me matara; resultaría demasiado costoso para mi dueño. Y él no lo querría. Programado. En algún rincón de mi cuerpo, existe una matriz fijada a un lugar, una pantalla o filtro que me impide tener ciertos pensamientos o realizar ciertas acciones. Y que me obliga a otras. No soy libre. Nunca lo fui, aunque ahora lo sé y en esto estriba la diferencia...»

Haciendo opaca la ventana, encendió la luz del techo, y con sumo cuidado se despojó de todas sus prendas. Había contemplado atentamente la forma en que los técnicos le injertaron la mano nueva y ahora tenía una idea bastante clara de cómo estaba ensamblado su cuerpo. Dos paneles principales, uno en cada muslo; los técnicos los quitaron para comprobar los complicados circuitos inferiores. «Si estoy programado, probablemente ahí estará la matriz», pensó.

El conjunto de circuitos lo dejó estupefacto.

«Necesito ayuda —pensó—. Veamos, ¿cuál es el código fono para la computadora de clase BBB que alquilamos en la oficina?»

Levantó el fono, marcó el número de la computadora en su residencia permanente de Boise, Idaho.

—El uso de esta computadora cuesta cinco ranas el minuto —pronunció en el fono una voz mecánica. Luego añadió—: Por favor, ponga su placa de crédito personal delante de la pantalla.

Lo hizo.

—Al sonar el zumbador, quedará conectado con la computadora —continuó la voz—. Por favor, pregunte lo más rápidamente posible, teniendo en cuenta que la respuesta será dada en términos de un microsegundo, mientras su pregunta...

Rebajó el sonido. Pero volvió a aumentarlo rápidamente cuando apareció en la pantalla el audio-alimentador de la computadora. En aquel momento, la máquina se convirtió en un oído gigante, para escucharle..., lo mismo que a otros cincuenta mil interrogadores de la Tierra.

—Escrúteme visualmente —le ordenó a la computadora—. Y dime dónde hallaré el mecanismo de programación que controla mis pensamientos y conducta.

Esperó. En la pantalla del fono, un enorme ojo activo, de lentes múltiples, le observó; Poole se exhibió por completo en su apartamento.

—Quítate el panel del pecho —dijo la computadora—. Aplica una ligera presión sobre tu esternón y sácalo luego hacia fuera.

Obedeció. Quedó separada una parte de su pecho; mareado, se sentó en el suelo.

—Distingo los módulos de control —dijo la computadora—, pero no puedo decir qué... —Una pausa mientras el ojo rodaba en la pantalla del fono—. Distingo un rollo de cinta grabada montada sobre el mecanismo de tu corazón. ¿Lo ves?

Poole torció el cuello, miró y también lo vio.

—Cuando haya consultado los datos que poseo me pondré en contacto contigo y te daré la respuesta. Buenos días.

La pantalla se oscureció.

—Me arrancaré la cinta —se dijo Poole—. Pequeña, no mayor que dos ovillos de hilo, con un escrutador montado entre el tambor de salida y el de entrada. No veo ningún signo de movimiento; los ovillos parecen inertes. Deben actuar como brújulas cuando ocurren situaciones específicas. Dominan mis procesos encefálicos. Y lo han hecho toda mi vida.

Con la mano tocó el tambor de salida. Pensó que lo único que tenía que hacer era estirar y...

La pantalla del fono volvió a iluminarse.

—Placa de crédito número 3-BNX-882-HQR446-T —pronunció la voz de la computadora—. Aquí BBB-307DR en contacto de nuevo en respuesta a tu pregunta de dieciséis segundos, 4 de noviembre de 1992. El rollo de cinta grabada sobre el mecanismo de tu corazón no es una bobina de programación sino un constructor de realidades supletorias. Todos los estímulos sensoriales recibidos por tu sistema

neurológico central emanan de esta unidad, y tocarla sería peligroso, si no definitivo. Por lo visto —añadió la voz—, careces de circuito programado. Pregunta contestada. Buenos días.

La voz calló.

Poole, de pie y desnudo delante de la pantalla del fono, tocó una vez más el tambor de la cinta, con una precaución enorme y calculada.

«Ya entiendo —pensó salvajemente—. ¿O no? Esta unidad... Si corto la cinta, mi mundo desaparecerá. La realidad continuará para los demás, pero no para mí. Porque mi realidad, mi universo, procede de esta minúscula unidad. Alimenta al escrutador y luego a mi sistema nervioso central a medida que se desenrolla lentamente.»

«Lleva años desenrollándose», pensó.

Recogió sus ropas, se vistió, se sentó en su inmenso sillón, muy lujoso y transportado a su apartamento desde las oficinas de la Tri-Plan, y encendió un cigarrillo. Cuando dejó sobre la mesa el encendedor con sus iniciales le temblaba la mano; se retrepó y exhaló el humo hacia delante, creando un nimbo de color gris.

—Iré despacio —se dijo—. ¿Qué trato de hacer? ¿Desviar mi programa? La computadora no encontró circuito de programación. ¿Debo intervenir en la cinta de la realidad? Y en tal caso, ¿por qué?

»Porque si la controlo —se contestó—, controlaré la realidad. Al menos, en lo que a mí respecta. Mi realidad subjetiva..., pero esto no es todo. La realidad objetiva es un constructor sintético, que trata con la universalización hipotética de una multitud de realidades subjetivas.

»Mi universo está dentro de mis dedos —comprendió—. Si pudiese imaginar cómo funciona todo... Lo que tengo que hacer en primer lugar es buscar y localizar mi circuito de programación, a fin de obtener un verdadero funcionamiento homeostático; o sea, el control de mí mismo. Pero con esto... con esto, no sólo conseguiría el control de mí mismo sino el control de todo.

»Y esto me separa de cualquier ser humano que haya vivido y muerto —añadió sombríamente.

Fue hacia el fono y marcó el número de la oficina. Cuando tuvo a Danceman en la pantalla, dijo animadamente:

—Quiero que envíes una serie completa de microherramientas y pantallas ampliadoras a mi apartamento. Tengo que trabajar en un microcircuito.

Interrumpió la conexión para no tener que discutir.

Media hora más tarde se produjo una llamada en la puerta. Cuando abrió, se encontró delante de uno de los capataces del taller, cargado con toda clase de microherramientas.

—No especificó lo que necesitaba —se disculpó el capataz, entrando en el apartamento—. De modo que el señor Danceman me envió con todo esto.

—¿Y el sistema de lentes amplificadoras?

—En el camión, arriba en el tejado.

«Tal vez desee morir», pensó Poole.

Encendió un cigarrillo, fumó y esperó, en tanto el capataz montaba la pesada pantalla ampliadora, con el suministro de fuerza y el panel de control en el apartamento.

«Lo que hago es un suicidio», pensó Poole.

Se estremeció.

—¿Le ocurre algo, señor Poole? —preguntó el capataz poniéndose de pie, aliviado ante el trabajo concluido—. Todavía debe estar un poco nervioso a causa de su accidente.

—Sí —asintió Poole, quedamente.

Esperó a que el capataz se marchase.

Bajo el sistema de lentes ampliadoras, la cinta de plástico adoptó una nueva forma: una cinta ancha en la que había cientos de miles de pequeños agujeros.

—Eso es lo que pensaba —se dijo Poole—. Nada grabado en una capa de óxido férrico, sino ranuras pinchadas.

Bajo las lentes, la cinta avanzaba visiblemente. Con gran lentitud, pero a una velocidad uniforme, y en dirección al escrutador.

«Lo que me figuraba —pensó de nuevo—. Los agujeros están *en* salidas. Funciona como una pianola: sólido es *no*, ranura es *sí*. ¿Cómo podría probarlo?»

—Obviamente, obturando algunos agujeros —se respondió.

Calculó la cantidad de cinta que restaba en el tambor de salida. Calculó también, con gran esfuerzo, la velocidad del movimiento de la cinta, y al final obtuvo una cifra. Si alteraba la cinta visible en el borde que se introducía en el escrutador, transcurrirían de cinco a siete horas antes que llegase aquel período de tiempo. En realidad, suprimiría unos estímulos que debían tener lugar al cabo de unas horas.

Con un micropincel pintó un sector grande —relativamente grande— de la cinta con barniz opaco, obtenido del botiquín que acompañaba a las microherramientas.

«He suprimido estímulos durante media hora —pensó—. Al menos obturé un millar de agujeros.»

Sería interesante saber que cambio, si sobreveníá alguno, se produciría a su alrededor al cabo seis horas.

Cinco horas y media más tarde estaba sentado en el Krackter, un soberbio bar de Manhattan, tomando un trago con Danceman.

—Parece enfermo —comentó Danceman.

—Lo estoy —asintió Poole.

Apuró su bebida, un whisky, y pidió otro.

—¿Por el accidente?

—En cierto sentido, sí.

—¿Se trata de algo que averiguó respecto a sí mismo? —inquirió Danceman.

Poole levantó la cabeza y miró al otro en la penumbra del bar.

—Entonces, lo sabe.

—Lo sé —afirmó Danceman—. Sé que debo llamarle Poole en vez de señor Poole. Pero prefiero tratarlo de usted y seguiré haciéndolo.

—¿Cuánto hace que lo sabe? —indagó Poole.

—Desde que entró en la empresa. Me dijeron que los auténticos dueños de Tri-Plan, que se hallan en el Sistema Prox, deseaban que Tri-Plan fuese dirigida por una hormiga eléctrica, a la que pudiesen controlar. Deseaban una hormiga inteligente y enérgica.

—¿Los auténticos dueños? —Era la primera noticia que tenía de ellos—. Tenemos dos mil accionistas. Diseminados por todas partes.

—Marvis Bey y su esposa Ernan, de Prox 4, controlan el cincuenta y uno por ciento de las acciones con derecho a voto. Y esto fue así desde el principio.

—¿Por qué no lo supe?

—Me prohibieron decírselo. Usted tenía que creer que había proyectado por sí solo toda la política de la empresa. Con mi ayuda. En realidad, yo le estaba transmitiendo lo que Bey y su esposa me transmitían a mí.

—O sea, que he sido un figurón, un hombre de paja.

—En cierto sentido, sí —reconoció Danceman—. Pero para mí, será siempre el «señor Poole».

Un sector de la pared más alejada desapareció. Y con él, varias personas sentadas en mesas cercanas al mismo. Y...

A través de la gran porción acristalada del bar, el cielo de Nueva York se desvaneció.

—¿Qué ocurre? —inquirió Danceman, al observar el rostro de Poole.

—Mire a su alrededor —le pidió éste—. ¿Nota algún cambio?

Tras mirar en torno suyo, Danceman contestó:

—No. ¿Qué cambio?

—¿Sigue viendo el firmamento?

—Seguro, a pesar de la niebla. Las luces parpadean.

—Ahora lo sé —asintió Poole.

Estaba en lo cierto; cada agujero cubierto significaba la desaparición de un objeto de su mundo real.

—Nos veremos más tarde, Danceman —dijo, poniéndose en pie—. Volveré a mi apartamento. Me espera cierto trabajo. Buenas noches.

Salió del bar en busca de un taxi.

No había ninguno.

«También estos —pensó—. ¿Qué más habré borrado? ¿Las prostitutas? ¿Las flores? ¿Las cárceles?»

En el estacionamiento del bar estaba el cohete de Danceman.

Decidió tomarlo. Todavía hay cohetes en el mundo de Danceman. Él podría tomar uno más tarde. De todos modos, era un taxi-cohete de la compañía, y él conservaba una copia de la llave.

De pronto, estuvo en el aire, camino de su apartamento.

La ciudad de Nueva York aún no regresaba. A la derecha y a la izquierda, vehículos y edificios, calles, transeúntes, anuncios.. y en el centro nada.

—¿Cómo puedo volar por ahí —se asustó—. Desapareceré. ¿O no?

Voló hacia la nada.

Fumando un cigarrillo tras otro, voló en círculos durante quince minutos..., y de pronto, calladamente, reapareció Nueva York. Podía terminar el vuelo. Aplastó el cigarrillo (la pérdida de algo tan valioso), y aceleró hacia su apartamento.

—Si inserto una cinta estrecha y opaca —reflexionó mientras abría la puerta del apartamento—, podré...

Sus pensamientos cesaron. Alguien estaba sentado en una butaca del saloncito, contemplando un programa por televisión.

—¡Sarah! —exclamó, aturdido.

La joven se levantó, algo gruesa, pero graciosa.

—No te encontré en el hospital y vine hasta aquí. Aún tengo la llave que me diste en marzo, después de aquella terrible pelea. ¡Oh! Pareces muy deprimido. —Fue hacia él y observó su rostro con ansiedad—. ¿Tanto te duele la herida?

—No es eso.

Se quitó la chaqueta, la corbata y la camisa, y el panel de su pecho. Se arrodilló e insertó las manos en los guantes de las herramientas microscópicas. Hizo una pausa y levantó los ojos hacia Sarah.

—Descubrí que soy una hormiga eléctrica. Lo cual, desde cierto punto de vista, me abre ciertas posibilidades, que ahora estoy examinando.

Flexionó los dedos, y en el extremo del meñique izquierdo, se movió un destornillador microscópico, aumentado por el sistema de ampliación.

—Puedes mirar, si lo deseas —manifestó

La joven comenzó a sollozar.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó él furiosamente sin levantar la vista de su tarea.

—Es... tan triste... Fuiste tan bueno con todos nosotros en Tri-Plan... Todos te respetábamos. Y ahora, todo ha cambiado.

La cinta de plástico tenía un margen sin puntear arriba y abajo. Cortó un segmento horizontal, muy estrecho, y tras unos momentos de concentración cortó la cinta a unas cuatro horas de la cabeza del escrutador. Después la hizo girar en una pieza de ángulo recto en relación con el escrutador, lo fusionó en su sitio con un elemento microcalorífico, y volvió a unir el tambor a los costados derecho e izquierdo. En realidad, acababa de insertar veinte minutos muertos en el flujo sin desdoblar de su realidad. El efecto tendría lugar, según sus cálculos, unos minutos después de medianoche.

—¿Te estás reparando a ti mismo? —inquirió Sarah, tímidamente.

—Me estoy liberando —repuso Poole.

Para después había pensado varias alteraciones. Pero antes tenía que comprobar su teoría: la cinta en blanco, sin agujeros, significaba que no había estímulos, en cuyo caso la falta de cinta...

—¡Oh! La expresión de tu rostro... —gimió Sarah. Comenzó a recoger el bolso, la chaqueta, la revista audiovisual enrollada—. Me marchó. Comprendo lo que sentiste al encontrarme aquí.

—Quédate —pidió él—. Veré contigo la televisión. —Metiendo una mano debajo de su camisa, añadió—: ¿Recuerdas hace unos años, cuando había..., cuántos eran..., veinte o treinta canales de televisión? Antes que el Gobierno absorbiera los independientes.

Ella asintió.

—¿Qué habría pasado —insistió él— si este televisor hubiese proyectado todos los canales al mismo tiempo? ¿Podríamos haber distinguido alguno en la mezcla?

—No creo.

—Tal vez hubiésemos aprendido a hacerlo. Aprender a ser selectivos. Aprender a percibir qué es lo que queremos y lo que no queremos. Creo que las posibilidades de nuestro cerebro serían fantásticas si pudiera trabajar con veinte imágenes a la vez. Piensa en la cantidad de conocimientos que podríamos almacenar en un tiempo dado. Me pregunto si el cerebro..., el cerebro humano... —se interrumpió—. El cerebro humano no podría hacerlo —prosiguió, reflexionando—. Pero en teoría, podría hacerlo un cerebro casi orgánico.

—¿Como el que tú posees? —preguntó Sarah.

—Sí.

Contemplaron el programa de televisión hasta el final y después se fueron a la cama. Pero Poole estuvo sentado, reclinado en las almohadas, fumando y meditando. A su lado, Sarah se agitaba incansablemente, preguntándose por qué él no apagaba la luz.

Once y cincuenta minutos. Ocurriría en cualquier momento.

—Sarah, necesito tu ayuda —dijo él—. Dentro de unos instantes me ocurrirá algo extraño. No durará mucho, pero quiero que me vigiles atentamente. Fíjate en si yo... —Hizo un leve ademán—. Observa cualquier cambio. Si parezco estar dormido, o si digo necesidades o... —iba a decir «si desaparezco». Pero cambió de idea—. No te haré ningún daño, pero sería una buena idea que estuvieses armada. ¿Trajiste la pistola antihumedad?

—Está en mi bolso.

Ella estaba ya plenamente despierta, sentada en la cama, y mirando a Poole asustada, con sus anchos hombros bronceados y llenos de pecas a la luz de la habitación.

Poole fue a buscar la pistola.

La habitación se paralizó de pronto y quedó en una absoluta inmovilidad. Súbitamente, los colores empezaron a desvanecerse. Los objetos disminuyeron hasta que, como volutas de humo, acabaron entre las sombras. La oscuridad lo rodeó todo a medida que los objetos del cuarto se iban haciendo más y más débiles.

Poole comprendió que los últimos estímulos estaban extinguiéndose. Parpadeó, tratando de ver. Divisó a Sarah Benton, sentada en la cama... o se la imaginó: una figura bidimensional, como una muñeca, que había estado incorporada, pero que ahora se empequeñecía y esfumaba. Ráfagas de sustancia desmaterializada flotaban en nubes inestables; los elementos reunidos se disgregaban y volvían a reunirse. Y al fin la última energía, la última luz y el último calor se disiparon; la habitación se cerró, cayó sobre sí misma, como apartada de la realidad. Y entonces, las tinieblas absolutas lo reemplazaron todo, un espacio sin profundidad, no nocturno sino rígido, recluso en sí mismo. Además, Poole ya no escuchaba sonido alguno.

Alargó la mano para tocar algo. Pero no tenía nada que alargar. El sentido de su propio cuerpo lo abandonó, junto con todo lo demás del universo. No tenía manos, y aunque las tuviese, no hubiera podido sentir nada.

«Tengo razón respecto al funcionamiento de esta maldita cinta —se dijo a sí mismo, utilizando una boca no existente para comunicarse un mensaje invisible—. ¿Pasarán los diez minutos? —se preguntó—. ¿Tendré también razón en esto?»

Esperó..., pero sabía por intuición que su sentido del tiempo lo abandonó junto con todo lo demás. Sólo podía esperar. Y la espera no duraría mucho.

«Para calmarme —pensó— formaré una enciclopedia. Haré una lista de todas las cosas que empieza por «a». Veamos: aire, automóvil, avión, atmósfera, Atlántico, ajo, anuncios...», siguió meditando, las categorías resbalando por su mente.

De repente, se encendieron las luces.

Se hallaba en el sofá del pequeño salón, y por la ventana ya penetraba la luz del sol. Dos hombres estaban inclinados sobre él, con varios instrumentos en sus manos.

«Empleados de reparaciones —pensó—. Han trabajado en mí.»

—Ya está consciente —anunció uno de los técnicos.

Se incorporó y retrocedió. Sarah Benton, llena de ansiedad, le sustituyó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, respirando húmedamente junto a la oreja de Poole—. Estaba tan asustada... Al final avisé al señor Danceman.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Poole, interrumpiéndola con brusquedad—. Comienza por el principio y dilo lentamente. Quiero asimilarlo todo.

Sarah se serenó, hizo una pausa para frotarse la nariz, y explicó nerviosamente:

—Te desmayaste. Estabas aquí tumbado, como muerto. Aguardé hasta las dos y media sin que ocurriera nada. Llamé al señor Danceman, al que desdichadamente desperté, y él llamó al equipo de reparaciones de las hormigas eléctricas..., bueno, al equipo de reparaciones de robots orgánicos, y esos dos técnicos llegaron hacia las cuatro y cuarenta y cinco, y han estado reparándote desde entonces. Ahora son la seis y cuarto de la madrugada. Tengo mucho frío y quiero acostarme; hoy no podré ir a la oficina; realmente, no podré.

Se alejó, resoplando por la nariz, ruido que molestó a Poole.

Uno de los técnicos uniformados, dijo:

—Usted ha estado jugando con su cinta de la realidad.

—Sí —admitió Poole. ¿Por qué negarlo? Obviamente, hallaron la cinta insertada—. No debía tardar tanto. Sólo inserté una cinta para diez minutos.

—Pero paralizó el transporte de la cinta —explicó el técnico—. Ésta dejó de avanzar, ya que el otro fragmento la atascó, y automáticamente cerró el circuito para evitar la rotura. ¿Por qué se complicó con esas cosas? ¿No sabe lo que podría ocurrirle?

—No estoy seguro.

—Pero tiene una idea aproximada.

—Por eso lo hice —replicó agriamente Poole.

—La cuenta es de noventa y cinco ranas —anunció el técnico—. Si lo desea, pagadera a plazos.

—De acuerdo —asintió Poole, incorporándose aún un poco mareado.

Se frotó los ojos e hizo una mueca. Le dolía la cabeza y sentía el estómago completamente vacío.

—Lime la cinta la próxima vez —le recomendó el técnico—. Así no se atascará. ¿No se le ocurrió pensar que había dentro un control de seguridad? De modo que se para antes que...

—¿Qué sucede si no pasa la cinta bajo el escrutador? —insistió Poole, con voz baja y atenta—. Ninguna cinta..., nada en absoluto. La fotocélula, ¿puede brillar hacia arriba sin impedimento?

Los técnicos se contemplaron mutuamente.

—Todos los circuitos neurológicos —repuso uno— saltan sus brechas y se cortan.

—¿Y esto qué significa?

—Significa que llegó el fin del mecanismo.

—He examinado el circuito —prosiguió Poole—. No lleva suficiente voltaje para esto. El metal no se funde con una carga tan baja de corriente, aunque toquen los extremos. Estamos hablando de una millonésima de vatio a lo largo de un conducto de cesio de tal vez un par de milímetros de longitud. Pongamos que existen un billón de posibles combinaciones que en un instante surgen de los agujeros de la cinta. El total producido no es acumulativo; la cantidad de corriente depende de lo que la batería deja para el módulo, lo que no es mucho. Con todas las aberturas abiertas y en marcha.

—¿Le mentiríamos nosotros? —preguntó cansadamente uno de los técnicos.

—¿Por qué no? —replicó Poole—. Ahora tengo la oportunidad de experimentarlo todo. Y simultáneamente, conocer el universo en su totalidad; estar unos momentos en contacto con la realidad.

Algo que ningún ser humano puede hacer. Un concierto sinfónico que penetra constantemente en mi cerebro, con todas las notas, todos los instrumentos tocando a la vez. Y todas las sinfonías. ¿Lo entienden?

—Eso lo quemaría —afirmaron al unísono los técnicos.

—No lo creo —objetó Poole.

—¿Quieres una taza de café? —intervino Sarah.

—Sí —aceptó él.

Bajó las piernas, presionó sus pies fríos contra el suelo y se estremeció. Luego, se irguió. Le dolía el cuerpo.

—Me han tenido toda la noche tumbado en el sofá —comprendió—. Considerándolo bien, podían haber trabajado un poco mejor.

En la cocina, situada al otro extremo del cuarto, Garson Poole tomaba café frente a Sarah. Los técnicos hacía rato que se habían marchado.

—No intentarás más experimentos con tu cuerpo, ¿verdad? —inquirió Sarah.

—Me gustaría controlar el tiempo —gruñó Poole—. Invertirlo.

«Cortaré un segmento de cinta —pensó— y lo uniré boca abajo. Las secuencias causales se sucederán al revés. Por tanto, yo bajaré los peldaños desde el techo hasta mi puerta, empujaré una puerta cerrada para abrirla, iré al fregadero, donde apilaré los platos sucios. Me sentaré a esta mesa delante de la pila, llenaré cada plato con la comida producida por mi estómago... y luego trasladaré la comida al refrigerador. Al día anterior, sacaré la comida del refrigerador, la meteré en bolsas y las llevaré al supermercado, allí distribuiré la comida por los diversos sectores de la tienda. Y al fin, en el mostrador me darán dinero por la comida, dinero que sacarán de la caja registradora. Los alimentos serán empaquetados junto con otros en grandes cajas de plástico, y enviados fuera de la ciudad, a las plantas hidropónicas del Atlántico, para volver a unirse a los arbustos, árboles y cuerpos de los animales muertos o hundidos en tierra... Pero, ¿qué demostraría todo esto? Sólo una cinta vídeo corriendo hacia atrás. No sabría más de lo que sé ahora, que no es bastante.

»Lo que necesito —comprendió— es una realidad última y absoluta durante un microsegundo. Después ya nada importará, porque lo sabré todo; nada quedará sin entender o ver.

»Podría intentar otro cambio —continuó— antes de intentar cortar la cinta. Hacer nuevos agujeros en ella y ver qué pasa. Será algo interesante porque no sabré qué significan los agujeros.»

Utilizando la punta de un microinstrumento, hizo los agujeros al azar en la cinta. Lo más cerca que pudo del escrutador..., pues no quería aguardar.

—No sé si tú lo verás —le explicó a Sarah—. Aparentemente no, mientras yo pueda extrapolar. Pero algo aparecerá —añadió—. Sólo quiero prevenirte; no deseo que te asustes.

—¡Oh, querido! —murmuró ella.

Poole consultó su reloj. Transcurrió un minuto, luego un segundo y un tercero. Y entonces...

En el centro de la habitación apareció un grupo de patos verdes y negros. Cloqueaban con gran excitación, se elevaban del suelo, revoloteaban hasta el techo en una masa revuelta de plumas y alas, con la urgencia frenética, azuzada por su instinto, por alejarse de allí.

—Patos —murmuró él, maravillado—. Hice un agujero para ver un vuelo de patos silvestres.

Apareció algo más. El banco de un parque con un anciano sentado en él, leyendo un periódico doblado y desgarrado. Levantó la vista, miró a Poole, le sonrió brevemente a través de su sucia dentadura, y volvió a concentrar su atención en su doblado periódico. Siguió leyendo.

—¿Lo has visto? —le preguntó Poole a Sarah—. ¿Y a los patos?

En aquel instante, los patos y el parque desaparecieron. No quedó nada. El intervalo de los agujeros hechos por él pasó rápidamente.

—No eran reales —susurró Sarah—. ¿Qué eran? Y cómo...

—Tú no eres real —musitó él, de repente—. Eres un factor estimulante de mi cinta de realidad. Un agujero que puede ser obturado. Tú también tienes una existencia en otra cinta de realidad... ¿O acaso en una realidad objetiva?

No lo sabía, no podía decirlo. Tal vez Sarah tampoco lo supiese. Tal vez existiese en mil cintas de realidad; quizá en todas las cintas de realidad fabricadas hasta la actualidad.

—Si corto la cinta —prosiguió él—, tú estarás en todas partes y en ninguna. Como todo lo demás del universo. Al menos, en lo referente a mí.

—Yo soy real —replicó Sarah.

—Quiero conocerte por completo —afirmó Poole—. Para esto cortaré la cinta. Si no lo hago ahora, lo haré en cualquier otro instante; es inevitable.

«Entonces, ¿para qué esperar? —se preguntó a sí mismo—. Y siempre existe la posibilidad que Danceman haya contado lo que me ocurre a mi dueño y que éste y su esposa se muevan antes que yo. Porque tal vez esté perjudicando su propiedad..., que soy yo.»

—Ojalá hubiese ido finalmente a la oficina —se lamentó Sarah, con el labio inferior caído en un intento de aparentar pena.

—Ve.

—No quiero dejarte solo.

—No me ocurrirá nada.

—No. Puede ocurrirte algo. Vas a desconectarte o algo por el estilo, a matarte para descubrir que sólo eres una hormiga eléctrica y no un ser humano.

—Tal vez —asintió él—. Tal vez no sea más que eso.

—Y yo no puedo impedirlo —añadió ella.

—No —concedió Poole.

—Pero me quedaré —decidió Sarah—, aunque no pueda impedirlo. Porque si te abandono y te matas, siempre me preguntaré, hasta el fin de mis días, qué habría sucedido de haberme quedado. ¿Lo entiendes?

Él asintió nuevamente.

—Adelante —le incitó ella.

Poole se levantó.

—No sentiré dolor —manifestó—. Aunque a ti te lo parezca. Recuerda que los robots orgánicos poseen un mínimo de circuitos de dolor. Experimentaré el más intenso...

—Calla —le interrumpió ella—. Haz lo que tengas que hacer, si es que quieres, o no lo hagas si no quieres.

Torpemente, porque estaba asustado, metió las manos en la pequeña caja de los microinstrumentos y eligió uno: una hoja muy afilada.

—Cortaré la cinta montada dentro del panel en mi pecho —anunció, mirando a través de las lentes de aumento—. Nada más.

Su mano tembló cuando levantó la cuchilla. Podía hacerlo en un segundo. Todo listo. Y tendría tiempo de juntar los extremos cortados de la cinta, comprendió. Media hora al menos, por si cambiaba idea. Cortó la cinta.

Mirándole acobardada, Sarah susurró:

—No ha ocurrido nada.

—Me quedan de treinta a cuarenta minutos.

Se sentó a la mesa, después de sacar las manos de los guantes. Su voz temblaba; indudablemente, Sarah se daba cuenta, y se enfadó consigo mismo, porque sabía que esto la alarmaba.

—Lo siento —se disculpó de manera irracional. Deseaba excusarse—. Tal vez hubieras tenido que irte —añadió, con creciente pánico.

Volvió a levantarse.

Ella lo imitó, y muy nerviosa, como paralizada se quedó en pie, palpitante.

—Vete —le pidió él—, vete a la oficina, donde deberías estar. Donde los dos deberíamos estar.

«Juntaré los dos extremos de la cinta —pensó—. No puedo soportar esta tensión.»

Metiendo las manos en los guantes, trató de deslizarlos sobre sus tensos dedos. Miró por la pantalla de aumento y vio el rayo del resplandor fotoeléctrico hacia arriba, apuntando directamente al escrutador; al mismo tiempo, vio que el final de la cinta desaparecía bajo el escrutador..., lo vio y lo comprendió.

«Ya es demasiado tarde —pensó—. Ya ha pasado toda la cinta. Dios mío, ayúdame. Ha empezado a desenrollarse a una velocidad mayor de la calculada. Y ahora...»

Vio manzanas, piedras y cebras. Sintió calor, la sedosa finura de la tela; sintió un océano que saltaba hacia él, y un gran vendaval del norte, que lo empujaba, como llevándole a alguna parte. Sarah estaba a su alrededor, lo mismo que Danceman. Nueva York brillaba en la noche, y los cohetes lo rodeaban y volaban por el cielo nocturno y de día, flotando, hundiéndose. La mantequilla se hizo líquida en su lengua, y al mismo tiempo, fétidos olores y sabores lo asaltaron; la amarga presencia de venenos, limones y hojas de hierbas de verano. Se ahogaba; cayó; yacía ya en brazos de una mujer en un enorme lecho que al mismo tiempo canturreaba en su oído; el ruido de un ascensor defectuoso en uno los antiguos y arruinados hoteles de la ciudad.

«Estoy viviendo —pensó—. Ya he vivido, jamás volveré a vivir —se dijo, y con sus ideas acudieron todas las palabras, todos los sonidos; los insectos chillaron y corrieron, y él casi se hundió en un complicado cuerpo de maquinaria homeostática situada los laboratorios de Tri-Plan.»

Quería decirle algo a Sarah. Abrió la boca y trató de pronunciar las palabras..., una serie específica de ellas, sacadas de la enorme masa que iluminaba su cerebro, quemándole con su terrible significado.

La boca le quemaba. Se preguntó por qué.

Como si estuviera aplastada contra la pared, Sarah Benton abrió los ojos y vio las volutas de humo que ascendían desde la semiabierta boca de Poole. Luego, el robot se hundió sobre los codos y las rodillas, y lentamente se convirtió en un montón de ruinas. Ella supo, sin examinarlo, que había «muerto».

Poole se había matado. Y no pudo sentir dolor, pues él mismo lo dijo. O al menos, no mucho; tal vez un poco. Bien, todo había terminado.

Decidió que lo mejor sería llamar a Danceman y contarle lo ocurrido. Aún estremecida, fue hacia el fono, lo tomó y marcó el número de memoria.

«Poole pensaba que yo era un factor estimulante de su cinta de la realidad —se dijo—. Y pensó que yo moriría si él moría. Qué raro. ¿Por qué se lo imaginaba? Nunca estuvo en el mundo real; vivió siempre en un mundo electrónico propio. Qué raro...»

—Señor Danceman —informó cuando conectaron el circuito de la oficina—, Poole ha terminado. Se destruyó a sí mismo delante de mis ojos. Será mejor que venga.

—De modo que finalmente nos hemos librado de él.

—Sí. Estupendo, ¿verdad?

—Enviaré a un par de chicos del taller —dijo Danceman. Miró más allá de la joven y vio a Poole caído junto a la mesa de la cocina—. Vaya a casa a descansar —le ordenó a Sarah—. Debe estar agotada después de todo esto.

—Sí, gracias, señor Danceman.

Colgó el fono y anduvo sin rumbo por la habitación.

De pronto, observó algo.

«Mis manos —pensó y las levantó—. ¿Por qué puedo ver a través de ellas?»

Y también las paredes del cuarto tenían contornos mal definidos.

Temblando, fue hacia el robot inerte, sin saber qué hacer. Veía la alfombra a través de sus piernas, y luego ésta se tornó oscura y ella vio también a través de ella, más capas de materia desintegrándose.

«Quizá si lograra juntar los extremos de la cinta...», pensó.

Pero no sabía cómo hacerlo. Y Poole era una cosa vaga.

El viento de la madrugada sopló hacia ella. No lo sintió; ya había empezado a dejar de sentir.

El viento siguió soplando.

FIN

Título Original: *The Electric Ant* © 1969.
Colaboración de Romulano.
Revisión y Reedición Electrónica de Arácnido.
Revisión 4.